

En el siglo XIX Alemania tuvo en este mariscal un bastión para su consolidación militar y su unificación. Sus conceptos, más de un siglo después de expuestos, siguen vigentes, aunque para una guerra irregular como la colombiana no son del todo aplicables.

Helmuth Von Moltke

Por Brigadier General Gabriel Puyana García

maestro de la estrategia moderna

Ante las inquietantes perspectivas del mundo contemporáneo, la conquista de una paz estable se hace cada día menos posible, sobre todo después de la tragedia del 11 de septiembre del 2001 en Nueva York, cuando el terrorismo internacional se afianzó como medio de expresión política y arma de destrucción masiva, imponiendo un cambio sin precedentes en la forma tradicional de las confrontaciones bélicas.

Todo lo anterior ha hecho que el estudio de la guerra, como ciencia y arte, haya vuelto a recuperar su vigencia, por la preocupación compartida de círculos intelectuales, científicos y académicos que, con un sentimiento de frustración, con frecuencia disimulado, han tenido que aceptar que el fantasma de ésta, como azote de Dios, permanecerá para siempre sobre la vida y suerte de la humanidad.



La ciudad portuaria de Hamburgo (Alemania). En primer plano está el monumento dedicado a Otto Von Bismark. Éste fue el primer canciller del Imperio Alemán y estuvo en el cargo desde 1871 hasta 1890



Helmuth Von Moltke

MOLTKE



También, en nuestro caso particular, la afanosa búsqueda de soluciones viables a nuestro prolongado conflicto interno ha despertado inquietudes sobre el fenómeno bélico, el cual, como infortunada constante histórica de los pueblos, ha venido trajinando a lo largo de centurias y milenios, haciendo que la paz, como bien supremo, sea apenas una bella entelequia que se desvanece como todos los sueños.

Estas razones, entre muchas otras, han motivado a buena parte de nuestros centros académicos, núcleos universitarios y medios de comunicación a propiciar eventos y a estimular estudios y análisis sobre esta problemática. Tal ha sido el caso de la Facultad de Estudios Sociales de la Universidad de los Andes, que por medio de su prestigiosa revista ha querido volver sobre las teorías de la guerra de los grandes estrategas, no solamente por pre-

El aporte de Helmuth Von Moltke fue decisivo en la unificación de Alemania en la segunda mitad del siglo XIX, cuando bajo la dirección visionaria del Rey Guillermo I de Prusia y con la fuerza moral e intelectual de uno de los más insignes estadistas de todos los tiempos, Otto Von Bismark, llevó a su patria a ejercer un extraordinario liderazgo y un protagonismo mundial.

ocupación cultural, sino para vislumbrar posibles enseñanzas y quizás experiencias que pudieran ser aplicables a la compleja situación que vive el mundo y más propiamente nuestro país convulsionado y sangrante.

En atención al deferente requerimiento de la dirección de la mencionada revista universitaria, en una de sus recientes ediciones escribí un ensayo sobre dos de los más prominentes estrategas contemporáneos. Dado que, por razones obvias, esta revista sólo llega en contadas excepciones a los miembros de nuestro estamento castrense, y para corresponder a la honrosa e indeclinable invitación

de la revista de nuestras Fuerzas Armadas, he considerado conveniente hacer una adaptación resumida de aquel estudio con la semblanza de uno de los más brillantes exponentes de la estrategia moderna, Helmuth Von Moltke, no sólo por su importancia militar, sino por lo que representó su decisivo aporte en la unificación de Alemania en la segunda mitad del siglo XIX, cuando bajo la dirección visionaria del Rey Guillermo I de Prusia y con la fuerza moral e intelectual de uno de los más insignes estadistas de todos los tiempos, Otto Von Bismark, llevó a su patria a ejercer un extraordinario liderazgo y un protagonismo mundial que se prolongó, no sin interrupciones, hasta la mitad del siglo XX.

Para un profesional militar, como es el caso de la mayor parte de los lectores de esta revista, es muy relevante conocer de cerca el papel fundamental que este eminente maestro de la guerra tuvo en el planeamiento y la conducción de las operaciones militares, en los conflictos y situaciones que le correspondió vivir, y además por la decisiva influencia que ejerció sobre el pensamiento militar del siglo XIX y parte del XX.

lorosa, inútil e injusta tragedia que aqueja al país es ante todo un desbordamiento delincuencial en el que unas minorías violentas masacran a gentes inermes mediante un accionar terrorista, que se estimula por la motivación de lucro con las enormes ganancias del narcotráfico.

Bien sabemos que la aplicación primaria del poder físico, en forma directa y bruta, predominó en los comienzos de la humanidad, pero con el paso de los tiempos fueron surgiendo conductores y estrategas que, como Sun Tzu, Alejandro, Aníbal, Maquiavelo y muchos otros, idearon nuevas formas para que la astucia y la agilidad del pensamiento pudieran sustituir a la fuerza, y darle así una mayor utilidad a ésta.

La estrategia, como lo expresa el General André Beaufre, no puede considerarse como una doctrina única, sino como “un método de pensamiento que permite clasificar y jerarquizar los acontecimientos, para escoger los procedimientos más eficaces. A cada situación corresponde una estrategia particular, pues una estrategia puede ser la mejor para una determinada coyuntura,

Para facilitar la asimilación del tema, antes de entrar propiamente en la semblanza biográfica de nuestro personaje, he creído conveniente hacer algunas precisiones que sirvan de marco de referencia para el desarrollo de ésta.

Nuestra formación militar nos hace entender por guerra el choque armado y violento entre dos o más naciones para dirimir sus diferencias cuando la política fracasa en una solución pacífica. También hemos llamado guerra a la confrontación de bloques antagónicos dentro de un mismo Estado, como fueron nuestras guerras civiles del siglo pasado y muchas otras contiendas civiles del mundo antiguo y contemporáneo, como la guerra de secesión de los Estados Unidos y las Guerra Civil Española de la década del 30, para citar sólo dos casos.

Sin embargo, nos duele tener que usar este mismo término de guerra para referirnos a lo que hoy está viviendo Colombia, por cuanto la absurda como do-

mientras que para otra, puede resultar inadecuada o detestable”.

Uno de los más útiles y valiosos instrumentos de la estrategia a través de los siglos ha sido y seguirá siendo el estudio de la Historia Militar. Balk definió su importancia y su razón de ser, al decirnos que “el objeto de la Historia Militar es el de enseñarnos a conducir la guerra con la experiencia ajena, porque la propia cuesta mucho, es difícil de cosechar y llega demasiado tarde”.

Es obvio que sin la Historia Militar no hubiera sido posible alcanzar el alto grado de desarrollo de la estrategia, por cuanto la historia no sólo describe, sino que analiza, investiga, observa y compara las actividades bélicas, tanto en el orden material como intelectual, moral y físico. Y porque, además, estudia no tanto los hechos como a sus conductores, los Ejércitos, las circunstancias de tiempo y lugar, al igual que las doctrinas, los principios que fueron aplicados y en general todos los factores relacionados.



Rey Guillermo I de Prusia

como ejemplo el ejército francés moderno de Napoleón. De ahí que se deba aceptar que el genio francés fue el segundo maestro, por cuanto después de la batalla de Jena, Schanhort y Gneisenau serían los encargados de adaptar el Ejército de Prusia a un nuevo tipo de guerra, cuyos métodos fueron consecuencia de los profundos cambios sociales y políticos de la Revolución Francesa.

El Ejército de Federico el Grande inicialmente estaba constituido por una fuerza de mercenarios aislada de la población civil que, por un sentimiento del honor y de la lealtad de los oficiales de la nobleza, era glorificado, mientras en los grados subalternos y en las tropas se mantenía su cohesión por medio de una férrea disciplina de carácter brutal. A los reformistas prusianos, inspirados en el ejemplo francés, les correspondió introducir la conscripción universal, pero manteniendo la clase junker en la oficialidad. De esta forma, el servicio nacional del pensamiento liberal existente en Francia y Norteamérica pasó a convertirse en Prusia en un recurso destinado a fortalecer el poder del Estado absolutista. Esta conscripción se reglamentó en casi en todos los países europeos, pero

El ejército prusiano

Para referirnos a Moltke, conviene recordar algunos antecedentes de esa poderosa máquina de guerra que fue el Ejército de Prusia. Según lo afirma Hajo Holborn, en su obra *Creadores de la estrategia contemporánea*, este formidable ejército del siglo XIX fue creado prácticamente por cuatro figuras estelares del arte bélico: Federico el Grande, Napoleón, Schanhorst y Gneisenau.

El primero dejó el recuerdo de sus triunfos y de la resistencia frente a la adversidad, y legó la enseñanza de que la vida de un ejército en tiempo de paz consiste en una ardua labor, por cuanto las batallas primeramente se deben ganar en los campos de entrenamiento. Pero realmente es el conquistador francés quien hace comprender a los prusianos el papel que la estrategia debe desempeñar en la conducción de la guerra, y son dos jóvenes oficiales, por cierto ninguno prusiano de nacimiento, quienes van a modelar el Ejército de Prusia, tomando

fuera de Prusia era sólo para los pobres, pues a los ricos se les permitía hacer pagos en dinero y proveer reemplazos, situación similar a la nuestra, mientras que en Prusia, al no existir exclusiones para servir en filas, su ejército pasó a ser un ejército ciudadano, integrado por los súbditos de un absolutismo burocrático.

El Estado Mayor General del Ejército

La nueva escuela de la estrategia prusiana creó su propio y más valioso instrumento de guerra en el Estado Mayor General Prusiano, que se convierte en el cerebro y centro nervioso del instrumento militar. Sus orígenes se remontan a la década anterior a 1806, pero sólo a partir de este año, cuando Schanhorst reorganiza el Ministerio de Guerra, se crea una división especial que asume la responsabilidad de los planes de organización, movilización, doctrina y adiestramiento en tiempos de paz. Como Ministro de Guerra, Schanhorst retiene la dirección de esta división, ejerciendo una fuerte influencia en el pen-

maestro de la estrategia moderna.

Moltke
Helmuth Von

samiento táctico y estratégico de la oficialidad, a la que adiestra en juegos de guerra y en maniobras de Estado Mayor. Desde ese entonces, a los miembros del Estado Mayor se les distinguió con un uniforme especial, con franja roja en el pantalón, y al imponer el hábito de designarlos como oficiales ayudantes de las distintas unidades del Ejército, se logró extender el control y la influencia directa del Jefe del Estado Mayor General sobre todos los generales y las reparticiones del ejército.

En 1821, el Jefe de del Estado Mayor General pasó a ser el primer consejero del rey en las cuestiones relacionadas con la guerra, mientras que las funciones del Ministerio de Guerra quedaron limitadas al control político y administrativo del ejército. Esta innovación permitió que el Estado Mayor General tomara la dirección de los asuntos militares, no solamente después de la declaración de guerra, sino en la preparación y en la fase inicial de ésta.

Perfil biográfico

Al igual que sus predecesores Scharnhorst y Gneisenau, Moltke no era de Prusia, pues nació en una región vecina

En 1826 volvió a su regimiento, y en 1828 fue destinado al Estado Mayor General, al cual habría de pertenecer durante sesenta años, treinta de estos en la jefatura del organismo. Con la excepción de los cinco años pasados como teniente en los Ejércitos de Dinamarca y de Prusia, nunca prestó servicios con las tropas. Sin haber comandado siquiera una compañía, a la edad de 65 años asumiría virtualmente el mando del Ejército de Prusia en la guerra contra Austria.

De 1835 a 1839, como consejero del Sultán de Turquía, a donde fue enviado en comisión por solicitud del líder otomano, tuvo alguna experiencia de guerra en la infortunada campaña contra Egipto, en la cual el comandante de las fuerzas turcas desatendió las recomendaciones del joven capitán y tuvo que vivir la guerra en la dura realidad de la derrota.

En 1855, Federico Guillermo IV lo nombró Ayudante de Campo de su sobrino, el Príncipe Federico Guillermo, futuro Emperador Federico III. Este nombramiento permitió que el padre del Príncipe Guillermo I descubriera en Moltke las dotes que le habrían de servir para ser recomen-

de Mecklemburgo, el 24 de octubre de 1800, donde su padre prestaba sus servicios como oficial del Rey de Dinamarca. Hasta 1819, fue instruido como cadete danés, y sólo en 1822, ya como teniente, solicitó su incorporación al Ejército Prusiano.

Los prusianos le hicieron reiniciar su carrera desde el grado más bajo, pero al lograr distinguirse, fue admitido en la Escuela de Guerra, donde adquirió especial interés por la física, la geografía y la historia militar. Su excelente cultura general y su habilidad en el dominio de su idioma lo convirtieron en escritor, un tanto anónimo pero exitoso, y algunas veces tuvo que escribir novelas para obtener ganancias que incluso le sirvieron para comprar el equipo de montar que le exigió su entrada al Estado Mayor, y también para afrontar estrecheces económicas familiares, propias de la época, porque no obstante su título nobiliario, carecía de fortuna.

El general entendió que la guerra era un instrumento político, y aun cuando sostuvo que un comandante debía verse libre de la dirección efectiva de las operaciones militares, admitió que los propósitos y las circunstancias políticas podían modificar las estrategias en todo tiempo.

dado como futuro Jefe del Estado Mayor General, y en 1857, cuando Guillermo I se convirtió en Regente de Prusia, el militar fue designado para dicho cargo.

Desde 1840, antes de que la primera línea férrea se construyera en Alemania, Moltke comprendió la enorme importancia que habría de tener el transporte por tren, y sus escasos

ahorros personales los destinó a la compra de acciones para la construcción del sistema ferroviario.

De 1847 a 1850, tropas de diferentes naciones empezaron a emplear este medio, y en 1859, en la guerra contra Italia, comprobó las ventajas del ferrocarril para la movilización y concentración de las unidades, puesto que las tropas pudieron ser transportadas seis veces más rápidamente que los ejércitos napoleónicos.

Debido a la posición desfavorable de Prusia respecto de sus vecinos, Moltke declaró que la ampliación de la red ferroviaria era más importante que la de un sistema de fortificaciones fronterizas, por cuanto con el nuevo medio se podrían desplazar en no mucho tiempo grandes cantidades de tropa de una a otra frontera. Su claro concepto del juego de los factores estratégicos del espacio y el tiempo empieza a predominar en sus concepciones de un liderazgo agresivo y resuelto que buscara la ofensiva para obtener un triunfo rápido, que hiciera la guerra lo más corta posible.

De Clausewitz, Moltke aprendió que la guerra era el último recurso de la política, y que por tanto ésta, como parte de “un orden mundial establecido por Dios e inseparable de Aquél”, requería de “un estadista que frenara, dirigiera e indicara al mismo tiempo la dirección de la marcha y los límites a los cuales debía llegar”, como lo observa Walter Goerlitz, en su obra El Estado Mayor Alemán.

Bien sabemos que la aplicación primaria del poder físico, en forma directa y bruta, predominó en los comienzos de la humanidad, pero con el paso de los tiempos fueron surgiendo conductores y estrategias que, como Sun Tzu, Alejandro, Aníbal, Maquiavelo y muchos otros, idearon nuevas formas para que la astucia y la agilidad del pensamiento pudieran sustituir a la fuerza, y darle así una mayor utilidad a ésta.

y Moltke, Guillermo I llevaría a Prusia, y más tarde a toda Alemania, a la mayor época de gloria y de grandeza de su historia.

Para lograr su unificación, Bismark, conforme a su convicción de que la fuerza “habría de prevalecer sobre todo derecho”, entendió que las grandes cuestiones de la época no se resolverían con discursos y votos de la mayoría, sino con “sangre y hierro”, y consecuente con esta política, se le da el nombre de Canciller de Hierro. Y es él quien, con sus habilidades y argucias diplomáticas, se inventó tres guerras que le permitieron, mediante la victoria militar, lograr la unificación de su patria.

La primera de estas guerras se realizó en 1863, contra Dinamarca; la segunda, en 1866, en la cual venció a los austríacos en la famosa batalla de Sadowa, y la tercera, en

Es entonces cuando aparece Otto Von Bismark como el estadista ideal que habría de lograr la unificación de Alemania para afirmar su dominio sobre la Europa central. Nunca más esta perfecta combinación de un gran estratega como Moltke con un gran estadista de la talla de Bismark volvería a repetirse en la historia alemana. De ahí que, no obstante sus relaciones personales un tanto frías con el Canciller de Hierro, Moltke siempre obedeció las directivas de éste, pues como militar reconocía la prioridad que debía tener el estadista sobre los asuntos políticos.

A raíz del Congreso de Viena de 1815, Alemania había quedado reducida a 38 Estados que constituían la llamada Liga-Alianza Germánica. En 1861, Guillermo I fue proclamado Rey de Prusia, y un año más tarde Bismark fue nombrado Ministro de Estado del Reino. Con Bismark

1870, en la cual derrotó a Francia en las batallas de Wisemburg, Rezonville y Sedán. En esta última batalla el ejército francés capituló, el Emperador Napoleón III cayó en poder de los alemanes y su ejército, rendido en Metz, fue hecho prisionero e internado en el territorio de su enemigo.

Con estas tres victorias, Prusia se elevó a la categoría imperial, y el 18 de febrero de 1871, en el mismo Salón de los Espejos del Palacio de Versalles, tras la derrota del Imperio Francés, se proclama a Guillermo I como Emperador de Alemania.

Su concepción estratégica

Para apreciar el genio militar de Moltke, pasemos por algunos de sus más trascendentales conceptos:



tanto no podían sentarse principios para elaborar los planes de operaciones, pues cada situación debía ser definida “en función de sus propias circunstancias, y se debía contar con una solución en la que el adiestramiento y los conocimientos estuvieran combinados con la visión y el coraje”.

- Dio al estudio de la Historia Militar gran importancia, pero insistió en que dicho estudio dependía de que la historia fuera analizada con el debido sentido de la perspectiva, porque a pesar de su trascendencia, ésta no se podía identificar con la estrategia, la cual definió como “un sistema de recursos ad hoc; algo más que los conocimientos, pues consiste en la aplicación de éstos a la vida práctica y al desarrollo de una idea original adaptada a circunstancias continuamente cambiantes”.

- En contraste con la estricta disciplina prusiana, asignaba un interés muy especial al criterio independiente de todos los oficiales, llegando a expresar que “una orden debe contener todo cuanto un comandante no puede hacer por sí mismo, pero nada más que eso”.

- Se mostró dispuesto a tolerar desviaciones de su plan de

Otto Von Bismark

- En 1865 escribió: “La condición normal de un Ejército es su separación en cuerpos, pero es un error el agrupamiento de estos cuerpos sin un propósito muy definido. Como la concentración de todas las tropas es absolutamente necesaria para la batalla, la esencia de la estrategia consiste en la organización de marchas separadas pero llamadas a proveer la concentración en el debido momento”.

- Después de la batalla de Sadowa, Moltke comprendió que resultaba mejor mover las fuerzas el día de la batalla desde distintos puntos para que se concentraran sobre el campo mismo, y dirigir las operaciones de tal manera que una última marcha breve desde diferentes direcciones llevara al frente y a los flancos del enemigo. Éste sería el propósito esencial de su estrategia.

- El mariscal entendió que la guerra era un instrumento político, y aun cuando sostuvo que un comandante debía verse libre de la dirección efectiva de las operaciones militares, admitió que los propósitos y las circunstancias políticas podían modificar las estrategias en todo tiempo.

- Consideró que la Estrategia no era una ciencia, y que por

operaciones, siempre y cuando el general subordinado pudiera obtener un importante triunfo táctico, pues consideraba que “la estrategia se somete en caso de una victoria táctica”, y este criterio lo aplicó en las primeras semanas de la guerra contra Francia, cuando algunos de sus generales modificaron sus planes de operaciones mediante acciones temerarias que resultaron exitosas.

- La guerra contra Dinamarca, en la cual combatió al lado de Austria, no tuvo mayor importancia. La manera como supo corregir los errores del mariscal Wrangel lo hizo aparecer ante Guillermo I como el estratega circunspecto que sabía actuar con prudencia, y a partir de junio de 1866, el Rey dispuso que todas las órdenes del Ejército debían darse por intermedio suyo, y casi incondicionalmente el monarca acogió los consejos de Moltke, quien a los 65 años prácticamente se convirtió en el Comandante en Jefe del Ejército de Prusia, ejerciendo esa función esencialmente profesional, que no corresponde a la del Jefe del Estado, así se le quiera dar a éste el nombre de Comandante en Jefe, pues él no tiene ni los conocimientos, ni la experiencia, ni las aptitudes ni las capacidades

para comandar las tropas, como se comprobó años después, para mal de Alemania con Hitler y sus generales, lo cual contribuyó decisivamente a su derrota militar.

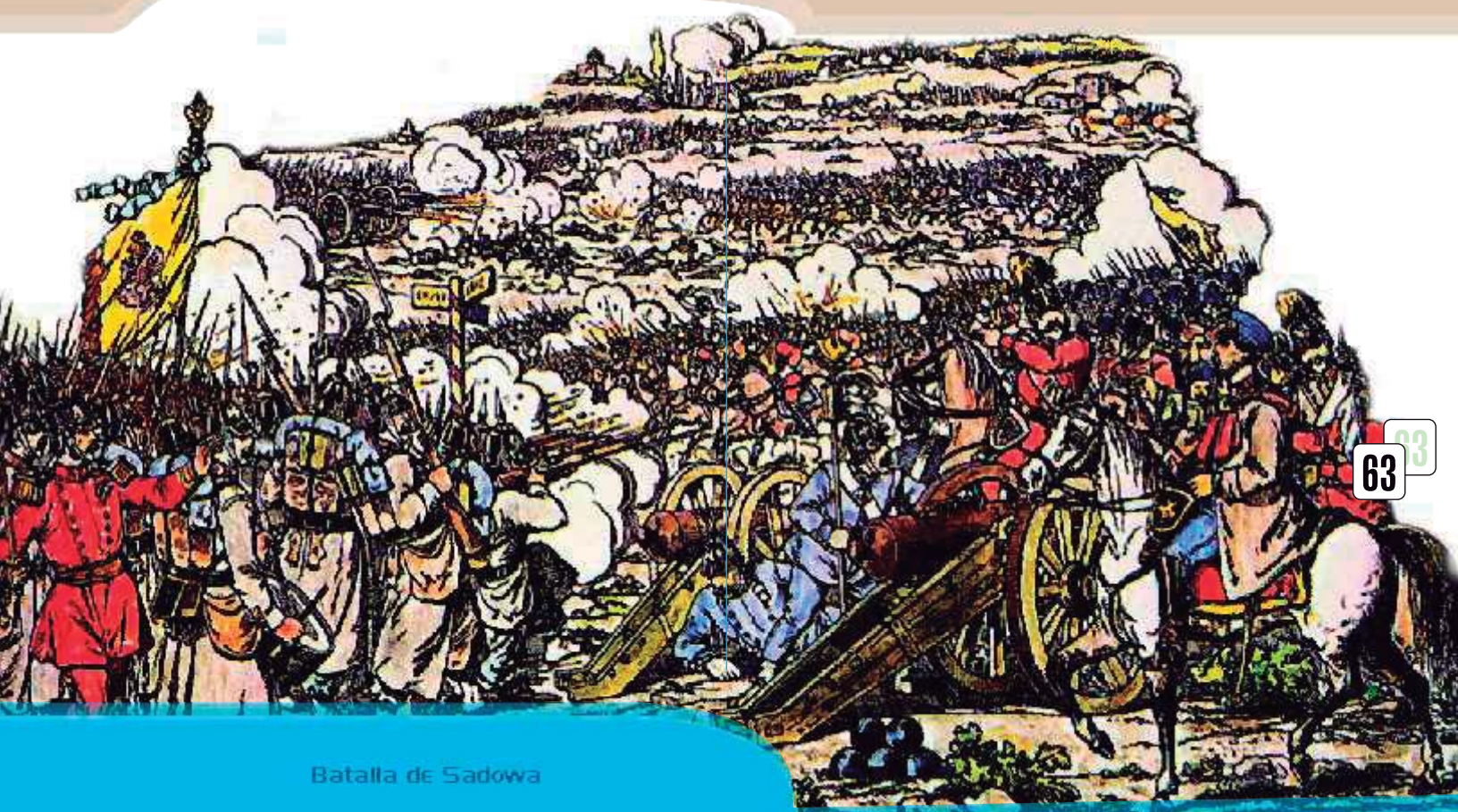
Cabe observar que hoy, especialmente en las democracias latinoamericanas, para reafirmar la indiscutible subordinación que las Fuerzas Armadas deben tener del Presidente de la República, se ha optado infortunadamente por distinguirlo a él con el título de Comandante en Jefe, función que en realidad tendrá que delegar siempre en un profesional militar, quien es el que está capacitado para ejercerla. Por lo anterior, el concepto de mando militar debe entenderse como inherente a quien comanda las tropas y no a quien en el campo político o administrativo tiene otra clase de responsabilidades. Equivocarse en estas interpretaciones puede resultar funesto para los intereses no sólo del estamento armado, sino del mismo Estado y, por tanto, de la patria.

En la preparación y ejecución de la Batalla de Sadowa, Moltke demostró con su estrategia que la llamada maniobra por líneas interiores sólo resultaba válida cuando se conservaba espacio, ganando así tiempo para derro-

tarlo y perseguirlo, y luego volver sobre la otra fuerza a la cual sólo se le mantenía en observación.

La estrategia de Moltke se caracterizó siempre por su amplitud mental y por los cambios elásticos que acostumbraba hacer. Los triunfos sobre Austria en 1866 y sobre Francia en 1870 le dieron al Estado Mayor General una aureola de gloria casi mítica. En 1857, cuando Moltke asumió su Jefatura, había en este organismo sólo 64 oficiales; en 1875 se llegó a los 135, y en 1888, cuando se retiró, sus efectivos habían ascendido a 239, de los cuales 197 eran del Ejército de Prusia; 25, del de Baviera; 10, del de Sajonia, y 7 del Ejército de Wuretenberg. En 1872, la tercera parte de los oficiales era de origen burgués, y hasta se encontraba un judío. La escogencia de los miembros de este organismo desde antes de los tiempos de Moltke obedeció siempre a una demostrada idoneidad y eficiencia para su importante tarea.

Uno de los principales rasgos característicos de este gran conductor fue el sentido de la discreción y de la modestia, pues poco le interesó figurar, y fue bien conocida su norma de que importaba más “ser que parecer”, que fue la



Batalla de Sadowa

forma ideal de trabajo preconizada por él, dentro de la más alta exigencia moral de que cada miembro del Estado Mayor debía dar su máximo rendimiento. Bajo el mando de sus sucesores, especialmente Schlieffen, esta actitud llegó a convertirse en un principio: hacer mucho y destacarse personalmente poco. Es decir, el trabajo debía ser esencialmente impersonal, orientado únicamente a la máxima conveniencia de la institución.

· Ya en su avanzada senectud, el anciano general reconoció que el ideal de una guerra rápida y corta había sido sólo una vana ilusión, pues el conflicto bélico pendía sobre el pueblo alemán como un amenaza constante para la cual se debía estar preparado siempre, y que una vez comenzado era difícil prever su fin, debido a que en él participarían las potencias mejor armadas, ávidas de mantener o por lo menos disputar el predominio de su poder sobre la Europa central.

· El general Moltke resumió su filosofía sobre la naturaleza y la necesidad de la guerra en forma admirable en la carta que en 1880 enviara a Johann Kaspar Bluntschi,

avisándole recibo de un manual sobre un proyecto de Derecho Internacional que se lo había remitido, en solicitud de su opinión. En uno de sus apartes decía: “Primero, yo encuentro que el esfuerzo humanitario de oponerse al sufrimiento que viene con la guerra es altamente apreciable. Pero la paz eterna es un sueño y no ciertamente bello. La guerra es parte del orden mundial de Dios. Dentro de ésta se despliegan las nobles virtudes de los hombres, el coraje, la renunciación, la lealtad al deber y la disposición al sacrificio ante el azar de la vida. Sin la guerra, el mundo se hundiría en el pantano del materialismo. Además, yo estoy completamente de acuerdo con los principios expuestos en el prefacio, de que el progreso en la moralidad debe también reflejarse en el estremecimiento de la guerra. Pero yo voy más lejos y creo que es la guerra en sí misma, y no en una codificación de la Ley de la Guerra, lo que pudiera obtener este propósito”. Naturalmente, Moltke se refería a la guerra entre Estados en la concepción tradicional, caballeresca y romántica de la lucha clásica que libran los soldados, y no



El general Moltke anuncia a Guillermo I la victoria de Rezonville

a la lucha sórdida, aviesa, indiscriminada y cruel que hacen los forajidos con sus desbordamientos criminales característicos de las guerras irregulares. Nuestro general Rafael Uribe Uribe lo observó desde principios del siglo pasado: “No hay guerrilla que no degenera en banda de forajidos”.

El 25 de abril de 1891, cuando había sobrepasado sus 91 años, Moltke falleció en Berlín en forma digna y apacible, como fuera su meritoria existencia al servicio de su ejército y de su patria. En la Jefatura del Estado Mayor lo sucedió el Conde Von Schlieffen, quien se haría famoso con su conocido Plan de Guerra, el cual invirtió las prioridades en los planes de defensa de Alemania dirigidos por Moltke, al dar la prelación inicial al frente occidental (contra Francia) y no al flanco opuesto oriental (contra Rusia), como lo había concebido su antecesor.

Años más tarde, con la muerte de Schlieffen, un nuevo Moltke, sobrino del primero e impulsado por el halo de gloria y prestigio de su tío, llegó al mismo cargo, que bajo

la brillantez de su tío había convertido en leyenda no sólo al Estado Mayor General de Alemania, sino al apellido Moltke, en el cual se personificó la grandeza de su patria y de su institución militar.



Conclusiones

recta, pero su brillante liderazgo y extraordinaria inteligencia, manifestados en su flexibilidad para comprender y adaptarse a las circunstancias cambiantes de la guerra, le permitieron adecuar sus concepciones y criterios a las complejas y diferentes situaciones que le correspondió afrontar, y supo combinar todas las estrategias y tácticas que le sirvieron para obtener la victoria.

· Von de Goltz, otro influyente pensador alemán, en cierta forma alumno de Moltke, expresaría este axioma indiscutible: “Un país no se prepara para la guerra, sino para su propia guerra en particular”. Esta premisa, que con frecuencia se olvida entre nosotros, por nuestra tendencia esnobista de imitar y copiar de los demás, debe fundamentar todos los aspectos relacionados con la organización, el entrenamiento, la capacitación de los cuadros de mando, las enseñanzas y las peculiaridades de nuestro estamento militar, pues lo contrario sería prepararnos innecesariamente para una situación que no viviremos jamás.

· La posible utilidad que las ideas de Moltke puedan tener para el análisis y la comprensión de nuestro conflicto interno es muy relativa, dado que su doctrina y teorías se refieren a la guerra convencional, y aunque muchos opinan que las leyes y principios de la guerra son de aplicación universal para cualquier tipo de conflicto, esto es muy discutible. Las guerras revolucionarias de tipo irregular exigen unas leyes y principios específicos por la naturaleza de esta clase de contienda.

· En esta clase de guerra surge el concepto de la asimetría entre los dos oponentes, y esto hace que las teorías y procedimientos que se aplican en la guerra convencional no puedan aplicarse en el otro. Intentar hacerlo dice Galula sería como pretender que “una persona de estatura normal se pudiera meter dentro del vestido de un enano”.

De todo lo anterior, podemos reafirmar que las estrategias, las tácticas y los procedimientos de la guerra convencional, así como las doctrinas y principios de su conducción, tienen que ser diferentes de los que convendría establecer para la guerra irregular, por cuanto este tipo de confrontación requiere de sus propias leyes y principios, acordes con su naturaleza sui generis, que la hacen distinta de todas las demás.

Moltke
Helmuth Von